

HABLEMOS DE MANUEL MEJIA VALLEJO

*Jaime Montoya Candamil**

Manuel Mejía Vallejo nació escritor en Jericó la capital del Carriel antioqueño hace sesenta años. Novelista, cuentista, poeta, fue condecorado por el presidente Belisario Betancur quien lo invitó a Palacio en el mes de abril para exaltar su obra y condecorarlo con la Orden de San Carlos en el grado de Comendador. Gustavo Alvarez Gardeazábal sostiene que con él, y el premio Eugenio Nadal 1963 por su novela **El día señalado** pudo haber empezado el boom de la narrativa latinoamericana. Era él, sin duda alguna, el primer latinoamericano que alcanzaba esa distinción y el primero que se abría paso, en la importantísima y vital década de los sesenta, en el mundo literario europeo¹.

Aunque el escritor Mejía Vallejo no había acompañado a Belisario en su campaña por la Presidencia, porque es un lopista consagrado, dio en el Palacio de Nariño un recital en el que leyó parte de su obra poética, en una bella ceremonia cultural, que nos recuerda la historia bogotana de los años 1860 y 1861, cuando doña Gregoria de Haro en refinadas veladas íntimas, invitaba a lo más granado de la intelectualidad capitalina a escuchar las poesías de líricos importantes entre otros de Rafael Pombo, y del joven Rafael Núñez.

Para el escritor lo que suma todas sus inquietudes creadoras es el amor y quienes hacia él descubren esas inquietudes son sus cuatro hijos, con

*Periodista colombiano.

¹ Los 60 años de Manuel Mejía Vallejo, Gustavo Alvarez Gardeazábal, El Colombiano.

quienes logra recuperar la infancia, que ya tenía en el olvido y que necesita para hacer su literatura del recuerdo. "Empero ni siquiera en Colombia, donde el brillo eneguedor de García Márquez ha impedido más acciones que las promovidas, a Mejía Vallejo se le considera como el escritor de kilates... Pero así M.M.V. no salga de su tierra antioqueña y no se le reconozcan los méritos que muchos hemos encontrado en su obra, al cumplir sesenta años el país lo mira con respeto y comienza a abrirle el nicho de la eternidad, al lado de Isaacs y de Rivera, de su amado Carrasquilla..."².

"Qué curioso" lo repite tan seguido como puede, y sin proponérselo, con esas expresiones nos da confianza a todos los que a él nos enfrentamos para una charla, y esa misma informalidad le es transmitida a sus permanentes contertulios. Inició su carrera literaria con una novela en 1945 *La tierra éramos nosotros*, pero primero tuvo la oportunidad de conocerse en sus habilidades de escritor, con un periódico sencillo que hacía con amigos y compañeros suyos en la Bolivariana de Medellín. Mientras llenaba esas páginas del periódico provincial, anidaba en su pecho y en su mente, su primera novela, sin haber escrito el primer cuento todavía, novela que tuvo un éxito total en todo el territorio nacional. La crítica de ese entonces se sorprendió más que todo por la juventud de su autor, que no tenía mucha experiencia literaria en esos tibios veintiún años, pero reconocían que estaba bien escrita.

Manuel Mejía Vallejo defiende esa obra por haberla concebido muy honradamente, pues los personajes principales convivieron con él en la finca de sus padres. Es una novela que narra su infancia y que conserva los nombres de sus protagonistas. Algunos de ellos viven y otros han muerto y sus nombres se immortalizarán por la gracia y la obra de esa pluma, en ese entonces, infantil de Manuel.

Las necesidades de conseguir dinero que suplieran algunas urgencias económicas en Guatemala, lo obligaron a jugar Póker durante ocho meses, con mucha maestría, pues casi nunca perdía. Era corresponsal viajero de varios periódicos de Venezuela, corresponsalías a las que renunció, como protesta por la entrega que hicieron esos periódicos a la dictadura de Pérez Jiménez, contra la que Vallejo Mejía dirigió sus baterías periodísticas. Solo le quedó el dinero que se ganaba con *El Espectador* por sus corresponsalías viajeras. Era la época de las dictaduras en América Latina que empezaron en 1940: "Porque en 1940 quedaban atrás las sombras de los viejos dictadores con uniformes de jefes supremos de vida, honra y bienes de sus compatriotas, para que comenzara a surgir la nueva imagen del dictador militar latinoamericano moderno"³. El dictador Pérez Jiménez en 1955 manifestaba: "He hecho el máximo esfuerzo para dar a los

² Ibidem.

³ América Latina Militarismo 1940 - 1975. Jaime Pinzón López - Reynaldo Muñoz Cabrera, Fundación Friedrich Naumann, Editorial La Oveja Negra, 1983.

venezolanos la clase de gobierno adaptada para ellos. Estamos en nuestros años de infancia y aún necesitamos cabestros”⁴.

Esa necesidad que Mejía Vallejo se creó lo llevó a presentarse a varios concursos internacionales de cuento, pues ya los escribía desde Venezuela en 1950. Se ganó varios económicamente importantes que le sirvieron para continuar con firmeza su carrera de escritor. Ese día del reportaje al escritor antioqueño, eran las once y treinta de la mañana, y ya me encontraba a una hora de Medellín, la capital del Carriel, y frente a “Ziruma” la finca que compró el escritor con el producto económico de muchos premios que ganó en varios concursos internacionales de cuento, allí iría a descubrir a uno de los más grandes escritores colombianos y antioqueño de frijoles y arepa, Manuel Mejía Vallejo.

Era una invasión. El escritor no me esperaba. Delató mi presencia un hermoso perro tan enorme como un león, que se lanzó sobre mí para atraparme entre sus voluminosas patas y mientras aparecía su amo el escritor, divertirse lamiéndome hasta dejar húmedas mis ropas, gracias a esa enamorada lengua canina. Cinco minutos después aparece Manuel acompañado de Dora Luz su esposa. Escribía muchas crónicas en tres columnas que tenía en el periódico, nunca con su nombre, le gustaba hacerlo con seudónimos y además hacía los editoriales. Dijo el escritor: “Entonces en los diversos periódicos en que trabajé en Venezuela y Centroamérica, muchas de las noticias que publicaba eran cuentos. Y yo recuerdo que una vez escribí sobre algo que había pasado a un compañero mío, y eso daba más que una noticia, era más que un relato, y le puse diálogo, le puse una atmósfera y quedó como un cuento. Era el año cincuenta, fue el primero que yo escribí en Venezuela”.

Es un maestro del cuento y del diálogo. Su vista es una máquina fotográfica de todo lo que ocurre en su derredor, le gusta untarse de pueblo y aprovechar sus enseñanzas y costumbres, lo que también hace comunmente con sus amigos. Para sus historias no pierde ni sus propias experiencias. “Desde entonces elaboro el cuento a partir de un hecho conocido. Aun cuando en los últimos años he escrito cuentos con una anécdota mínima, donde pinto una subrealidad o una sobre realidad, válida por sí misma, así no tenga nada que ver o muy poco que ver con la realidad cotidiana que vivimos todos nosotros”, me dice.

Su familia vivía en la finca y en el pueblo, Jardín, donde su progenitor mantenía un latifundio, pero el joven Mejía Vallejo decidió viajar a Medellín para estudiar el bachillerato. Desde la capital del Carriel establece comunicación con sus padres a través de cartas que le envía a la madre, y en razón a que ella tenía que leerlo muy seguido, descubrió la facilidad de su hijo para redactar, impresión satisfactoria que le dejó conocer en una de las cartas de contestación donde le decía: “lo que más nos gusta, es la manera correcta y fácil con que redactas las cartas”.

⁴ Ibidem.

A Manuel por esos días la noticia le llenó de optimismo, pero él no había pensado nunca si una carta suya estaba mal o bien redactada, pues no lo consideraba un problema. Fácilmente contaba lo que veía, recordaba cuentos o preguntaba por su familia e indagaba sobre lo que les ocurría. “Me puse a pensar que era redactar bien, y la próxima carta, la escribí desprevénidamente y la releí y ví que en realidad yo tenía un oído para la redacción, que era correcto, naturalmente sin esforzarme y que era bueno para la ortografía y no cometía errores de alta gramática. Simplemente por oído. Entonces comencé a fijarme cuando leía el periódico, cuando leía cuentos, cualquier cosa, en qué era un buen estilo, en qué era corrección. Mi madre fue la que primero me insinuó el camino de escritor. Ella me dijo que yo pintaba bien las cosas al escribirlas y yo le creí”.

Las muertes ajenas es una de sus últimas novelas publicadas (1979) y fue elaborada hace muchos años con el título de **Los negociantes** finalista en un concurso en La Habana, donde querían publicarla, pero Mejía vallejo no lo permitió por considerar que tenía unos vacíos, aunque otros capítulos si le gustaban mucho, sostiene que nunca pudo solucionar esos problemas narrativos en **Los negociantes**; con los días, resolvió cambiarle el título por el de **Las muertes ajenas**. El creía que la novela en su conjunto fallaba, sin tener en cuenta el valor del diálogo del cual es un maestro. La creatividad misma, su lenguaje literario y su estructura, anunciaban un éxito de lectores, pero no, él metió esos originales en un cajón de su escritorio, tras varios años los revisó y decidió publicar la novela.

Esta novela de Mejía Vallejo muestra el ambiente desgarrado de Medellín, y los contrastes, —como él lo dice— entre los suburbios y cierta alta clase social. “Pero tal vez me sirvió como aprendizaje, porque me dio mucha lidia y creo que no conseguí todo aquello que yo quería.

Lo que dice Gabriela Mistral es muy lindo: ‘de toda creación saldrás con vergüenza porque fue inferior a tu sueño’. Eso nos pasa a todos, me parece a mí y además es una vacuna contra la soberbia, contra la insolencia, y el orgullo demasiado pavo real, que caracteriza a la mayoría de nuestros escritores”.

Sin tener para mí razón, cuando sostiene que su novela **Las muertes ajenas** es la que menos éxito ha tenido, me afirma que **El día señalado** es la que más ha gustado por la crítica que ha existido en varios idiomas como el sueco, el alemán, el portugués, varios idiomas rusos, el ucraniano, el armenio y el ruso verdadero, me dijo.

Es de los que piensa que no es tan fácil escribir un cuento, ni menos una novela. “Yo he escrito muchos cuentos y son un todo, un puño cerrado con los pequeños factores, pero los dedos se juntan. Cuando uno tiene ideas claras puede expresarlas y las palabras acuden a nombrar las cosas que requieren ser nombradas. En cambio según Baroja, toda novela larga no es más que una asociación de cuentos cortos. Yo me puse a experimentar eso, e inclusive de novelas ya escritas saqué algunos cuentos y varios con mucho éxito.

Digamos **Al pie de la ciudad** son dos capítulos de la novela del mismo nombre y **La Venganza** es una concentración digamos de **El día señalado**. Yo me puse a experimentar porque me gusta mucho hacerlo y ahora estoy experimentando nuevos estilos, nuevas posibilidades narrativas y vi que es mucho más difícil escribir una novela indudablemente. A mí me ha ocurrido con estos dos cuentos que le menciono: los he escrito en dos o tres noches: **cielo cerrado** en una sola noche. En cambio la novela me gasta a mí cuatro o cinco años para hacerla”.

De su libro de coplas **Prácticas para el olvido** Manuel Mejía Vallejo nos dice antes de empezarlas: “Este soy yo, mil novecientos setenta y siete, un hombre en visperas de largarse, otra canción ligeramente derrotada, polvo y ceniza que no piden perdón porque siguen viviendo. Este soy yo, más convicciones que opiniones. Caído —salvado— del lado izquierdo, con tantas preguntas y tan pequeñas respuestas. Aterrado a veces, enamorado, venido a menos: un hombre más que ha hecho algunas cosas y ha dejado de hacer la mayoría de las cosas. Novela, cuento, dibujo, periodismo, vida, andando caminos ajenos, andando propios caminos. También escribe versos. Y entre ellos, coplas de amor llevar...”

Cerca duerme Dora Luz, mi compañera de años: cerca duermen Pablo Mateo y María José, los pequeños hijos que se van quedando con todo el amor que me resta; cerca también un silencio cómplice, de susurro en tocadiscos. Y una fotografía donde debo poner un pie de grabado. Este soy yo, el que vivió cerca del revolucionario honesto, para quien la vida se abre como la esperanza; de los flotantes, para quienes esa misma vida carece de interés porque desde antes sabían el final del cuento; de los desolados para quienes el tiempo es un a modo de viento de la eternidad. El parlanchín en noche de parranda, el hacedor de silencios, el que fabrica su muerte hilo a hilo. El que oye tangos y cumbias y rancheras y bambucos de amor desamparado. El que se va”.

“Pude medir la distancia
entre los hombres y Dios,
pero no la más feroz
entre tu amor y mi errancia”.

“Yo escribí con rabia algunos capítulos —se refiere a **El día señalado**— y trataba de calmarme porque yo no iba a hacer una protesta contra un partido, sino una vivisección de esa ruptura de que le hablo, y le puse poesía; la poesía salva mucho, y la poesía en cierta forma es una conquista de la novela latinoamericana. Tal vez eso hace menos cruel y dura, la tremenda realidad que nos tocó vivir, o que atestiguábamos por documentos de primera mano con las fotos, con las narraciones de los sobrevivientes, con los casos llevados a los juzgados, con lo que se manipuló políticamente en todo el país”.

“... La pica y el muñón se habían hecho personajes porque anunciaban disparos y muertes. —“¡Maldito enterrador!” —exclamaba el cojo al ver en piedras y paredes la férrea sombra—. “¡Maldito enterrador!”

—renegaba el sargento Mataya cuando veía aquellos ojos de búho. —“Está dura la tierra”, murmuraba el sepulturero pulsando el filo de la pica en el muñón. Y refiriéndose al grupo del sargento: —“Pero uno hace huecos para sus mejores clientes” y seguía su camino, siniestra la sombra sobre el cascajero. El sargento abrochaba el estuche del revólver con su juramento: —“¡Algún día lo descuartizaré!”...”.

Ziruma en guajiro quiere decir **El cielo**. Manuel Mejía Vallejo escogió este nombre porque cuando adquirió la finca sabía muy bien que sería un paraíso, con agua natural que nace en sus propios terrenos, y con una réplica del Salto del Tequendama de Bogotá, que tiene una hermosa y continua cascada que rueda caudalosa y llena de vida, por los límites de su casa, y que airosa adorna los espaciosos corredores de la vieja construcción, desde allí este escritor le ha declarado la guerra a la Capital de la Montaña y ya no duerme en la ciudad.

“... Al pie de tu ventanita
sembré dos flautas de caña;
como tu amor no me engaña,
ya suena la mayorcita...”

“... Este soy yo, el que se va. Mirada larga para las cosas, angustia lenta en las soledades...”. Adelaida su filósofa de veintitrés meses larguitos, ha estado acompañándolo durante la entrevista. Le jala sus pantalones, le grita, le dice papá, corretea por la sala, y a ratos ella quisiera responder por su padre, las preguntas que le voy formulando sin descanso, en medio de un torrencial aguacero que con sus veloces gotas hería las hojas de los árboles. Es cierto ella lo enriquece profundamente... “Ellos me dan mucho más de aquello que yo puedo ofrecerles —continúa Mejía Vallejo— y después esa servidumbre del afecto, una hermosa servidumbre que crea el contacto permanente con ellos; porque uno atestigua cuando tienen fiebre, cuando están enfermos, cuando están en peligro, cuando se desvelan por angustia, cuando uno podría hacerles daño, entonces el amor, yo creo que es la suma de todas estas inquietudes y de responsabilizarse uno de ellos y corresponder a su esperanza. Los niños me hablan y yo entiendo ya que esa habla es un idioma del mundo también, de la humanidad, y como estoy atestigüando, cada uno de sus años es un aprendizaje que yo no hubiera podido realizar en ninguna universidad, en ningún cursillo intensivo, en ninguna otra aventura. Entonces a mí me faltaba este mundo de la casa”.

“... Sembré unas goticas de agua
a orillas de tu rosal;
crecieron y se juntaron
y aprendieron a llorar...”

A Mejía Vallejo hace ocho años se le robaron los originales de tres de sus novelas terminadas. Ese día del robo resolvió salir con unos amigos suyos de su finca hacia Medellín, pero resuelven parar en un restaurante en las afueras de la Capital del Carriel. En el automóvil de uno de sus amigos deja

para siempre esos originales, porque de allí saldrían ya con otro dueño. Tuvo que rehacer todo ese material en ocho años, pero que al escritor le parecieron siglos. El me dice que el escritor que tiene secretos es un tramposo y lo reafirma:

“Yo creo que así seamos desordenados en las cosas, hay que tener mucho orden y mucha responsabilidad cuando enfrentamos la creación literaria o artística; pero que hay una fórmula, un secreto, no. Yo creo que si hay un secreto, el secreto se convierte en fórmula; ese secreto va contra la misma creación y contra el autor que lo aplique. Cada obra nueva es una nueva fórmula, una nueva técnica, una nueva aventura y quien descubrió el truquito y se queda en él, no pasará de ser un truculento, un tramposo. El secreto sería el no tener ningún secreto”.

“... Al cementerio volví
por ver los últimos restos.
Lástima que no sean éstos
los restos con que morí...”.

Definitivamente la naturaleza ha sido la gran aliada de Mejía Vallejo, es la compañera en su oficio de escritor, con los fantasmas, sus palomas, todo ese zoológico doméstico que lo acompaña en **Ziruma**. El acepta que todos son sus grandes amigos reunidos en la naturaleza... “Y además la naturaleza le enseña a uno un tipo distinto de paciencia. ¡Yo que he sido sembrador desde niño! teníamos una huerta familiar estimulada por mi madre y por mi padre, sembrábamos café, maíz y plátano en la finca. Entonces hay un tipo de paciencia: uno siembra y al año cosecha. Y paciencia de ver todos los días cómo nace un retoño, una nueva hoja, como va creciendo y nace la espiga, o la flor; así nos da una lección la naturaleza.

Somos una prolongación del paisaje. Nosotros somos un paisaje organizado para pensar y para hablar. Me parece que traiciona un poco su propia naturaleza, el que niegue la conformación de la naturaleza, o no la ame, o no se sacuda por lo menos frente a estos espectáculos. Yo no creo que sea tan inanimado vivir en paz con estos seres, que hablen o que no hablen, que caminen o que estén quietos, que tengan patas o raíces, que produzcan una flor o un fruto. Cada uno tiene su idioma; debemos ubicarnos en eso y ser nada más que parte de la tierra. ¡Y somos tierra!”.

Sus palabras son una permanente creación a favor de la literatura. Parecen conceptos nuevos; como pilares de su pensamiento que se enterrarán en las mentes de sus lectores. Mejía Vallejo es un escritor de novelas y cuentos, y también de ensayos, poemas, reflexiona como un filósofo, hace teatro, le gusta hacer apuntes biográficos y sobre todo muchos ensayos. Pero escribe novelas, porque es con lo que más se acerca a una narración de la vida. Paramos la entrevista; Mejía Vallejo me invita a seguir con mi labor de aguardientero invasor, él acaricia su vaso con Coca Cola bañado por el ron antioqueño. Se reanuda la batalla. Lo que el noble antioqueño y escritor va a decir más adelante, pude comprobarlo, pues hacía pocos minutos él había dejado su palustre, y a mi llegada aun conservaba

muestras de arena y cemento en sus inteligentes y obedientes manos. Había acabado de tapar un hueco en la pared principal de la vieja casona de su finca:

“Ejerzo pequeños oficios caseros. A mí me gusta inventar juguetes, labrar madera, dibujar, conversar, cantar y sobre todo escuchar que canten. Y me rodeo de aquello que me gusta, sin que me invadan, sin que me digan cómo debo vivir, para quién debo vivir, sin que me pongan unas motivaciones distintas a aquellas que yo escogí en un acto justiciero y que merecen ser luchadas”.

“... Después de verme en el suelo por culpa de tu partida, comprendí que la caída es la forma de mi vuelo...”

Mejía Vallejo escribe y crea sus obras, en una mesa de madera que no cuesta en el mercado actual tres billetes de quinientos pesos, rodeado y vigilado por muchos libros en diferentes sitios de su casa. Libros de amigos, libros con teorías literarias, y en su mesa, varios originales de sus futuras obras, algunos breviaros del Fondo de Cultura Económica, y un poco más cerca una guitarra de hombre pobre, una cama de clase media, baúles, juguetes de sus hijos, y la reina... su máquina de escribir portátil.

Mejía Vallejo no deja que nadie le pase en limpio sus originales en la máquina de escribir; él lo hace personalmente y casi siempre, ya en la faena final de sus obras, ejecuta algunos cambios de última inspiración. Lo que no lograría si alguien fuera el mecanógrafo de su gran batalla intelectual. La estocada de la vida, la da él en la máquina camino a la imprenta.

En el final de este reportaje, la chimenea ardía con toda su fuerza, en la tarea de repartir calor en el amplio salón. Bastó que yo me quejara del frío en la mitad de esta charla, para que él me solicitara suspender por un rato la transcripción de sus palabras. Se lo acepté sin saber que era para encender la chimenea que él mismo fabricó. Al lado muchos troncos de pequeños árboles, ramas y madera vieja; todo bien acomodado. De allí sacó la materia prima que necesita su fuelle manual para soplar vientos de candela. Desde lejos veía todavía las manos en señal de despedida de tan amables anfitriones. *

* Para esta semblanza hemos utilizado fragmentos de sus obras “Las muertes ajenas” y “El día señalado”, lo mismo que su libro de coplas “Prácticas para el olvido”.